

Crisol Público. Primera parte

Capítulo I. Laura, la mujer que excita sin querer.

Laura es una mujer de naturaleza sensual que lo disimula con todas sus fuerzas y jamás se sobrepasa con el escote, la minifalda o el maquillaje. No tiñe su pelo ni usa elevados zapatos de tacón. Tiene una feminidad clásica, toda llena de dunas y montañitas, hendiduras y prominencias pero no se siente cómoda en su cuerpo, no le gusta verse en espejos ni que la vean en bañador, mucho menos desnuda. Llamar la atención es un martirio para ella y habla bajito intentado pasar desapercibida, mas lejos está de conseguirlo: destaca poderosamente; su voluptuosidad canta como los gorriones en primavera. Esa mirada huidiza dice mucho de su ser interior, lleno de sombras, y produce el efecto imán, todos sus esfuerzos por ser invisible son vanos, a Laura se la mira de reojo porque es bonita a rabiar. Más bajita que sus amigas, menos graciosa, en absoluto elocuente, Laura ha sido la protagonista de las pajas de sus compañeros desde que cumplió doce años y ella de algún modo lo sabe. Es tanto el deseo que provoca que lo teme. Ella misma se desea sin ser consciente de ello. Después de ducharse, mientras seca sus mullidas carnes y se mira al espejo, su propia desnudez la azora, las caderas incontenibles, los pechos aureolados, el pubis voluminoso. A Laura le costó dios y ayuda encontrar novio por su carácter evasivo, por su falta de coraje. Se enamoraba, sí, pero en vez de propiciar acercamiento, escapaba. Sufría ese cuerpo voluptuoso sin el contacto. Su tendencia al llanto y nerviosismo la evidenciaban a poco que se sepa de la vida. Ardía Laura sin conocer varón, episodios depresivos y de histeria manifestaban su necesidad de cópula para desarrollarse como mujer. Sin embargo ella no acepta esa necesidad salvo cuando a solas le entran los vértigos febriles que sólo la frotación apaciguan y que - Laura ya ha aprendido- dan cierto sosiego a su ánimo. A los treinta y cuatro comienza a ser alarmante su virtud física. Entonces conoce a Víctor.

Capítulo 2. Víctor, picha feliz

Víctor ahora ya está un poco más asentado pero dio siempre muchos quebraderos de cabeza a su familia en lo que parecía una eterna adolescencia rebelde y por supuesto a sus novias y amantes porque es un tarambana al que le pierden el vino y las mujeres, los amigotes y la parranda. Terminó secundaria a trancas y barrancas y se buscó la vida porque aunque no es muy constante, es trabajador y cuando algo le apasiona puede ser tremendamente diligente. La velocidad, concretamente las motos, le vuelven loco. Desde que regenta el taller parece que su rumbo profesional está asentado y después de tantos años de tener los bolsillos vacíos, y emborracharse a costa de invitaciones, ahora gana más que suficiente aunque lo funde todo, espléndido y generoso. Con treinta y tres cumplidos Víctor es un soltero de oro más listo que el hambre y con el don de seducir a las mujeres naturalmente, con alegría y desenfado. Objetivamente no es tan atractivo, con los rasgos de la cara imperfectos, su encanto radica en manifestaciones difusas: la mirada, la sonrisa, el gesto. Ellas, la manada de mujeres que se han rendido a sus pies, siempre nombran además la mata de rizos, la carcajada franca y sobre todo la boca, una sensual boca melocotonosa muy gesticulante que comunica por sí misma sentimientos: alegría en amplia sonrisa de comisuras dilatadas, enfado en voluminosa mueca torcida y lo mejor: el rictus obscuro de lujuria en aquellos momentos. Desnudo gana muchísimo. De piel y cabello dorado aceituna, su verga es oscura casi negra, de proporciones absolutamente perfectas. Un cilindro bello cuando reposa flácido, y tonel sabroso cuando muestra su erección. Es tan llamativo

su miembro moreno, tan rabiosamente masculina su polla generosa que una vez que una mujer la ha sostenido con sus manos, la tenido cerca de sus pupilas -no digamos entre sus labios- no la olvida jamás, permanece en la retina hasta el fin de los días como paradigma de tótem fecundador. Víctor está tan seguro de su polla sabia que se permite actuar con humildad y jamás alardea de sus cabalgadas, jamás farda de su astucia para conducir a las mujeres al placer, al abandono erótico. Nunca fanfarronea de cómo se le abren y se le entregan, pero lo lleva escrito en la cara, por ello Laura le tenía especial miedo y le evitaba más que a ningún otro.

Capítulo 3. La rutina de Laura

Laura trabaja en una academia dando clases de informática básica. Es la única empleada y solamente coincide con su jefa por las tardes que es cuando más bulliciosa está la academia, llena de niños.

Laura no soporta su trabajo con los rapaces, tan ruidosos, y sin embargo disfruta de las mañanas porque los alumnos son adultos, mujeres o jubilados. Personas amables con las que ha de tener paciencia pero que no le exigen demasiado... salvo aquel vejete de la clase de las diez, que va de gracioso y no sólo le boicotea las explicaciones con chistes tontos, si no que la solicita todo el tiempo para que le explique en su pantalla y se le acerca rozándola, alargando la mano. El impertinente hace sonrojar a Laura, tan torpe siempre en estas situaciones, y pese a que es el que más tiempo lleva matriculado no se da de baja de las clases y eso que la informática le interesa un pepino.

Siempre tuvo un gancho especial para los viejos verdes, pero lo peor es que éste se ha colado en sus sueños. Con el asco que le tiene y justo va a tener pesadillas cochinas con ese señor. Además ... ¡menudos sueños!, que a Laura sólo de recordarlos se le hace un nudo en la tripa: ella bajándole el pantalón desahogada y tomando su polla, que no parece de un viejo ahora si no la verga turgente y saludable de un jovencito. Durmiendo Laura, desordenadas las sábanas, sudorosa la frente, toma en sueños el falo y se lo pasa por entre los senos, los roza con sus pezones. Los pezones de la durmiente se ponen como piedras. Restriega el miembro viril por su vientre y luego excita con él su vulva - sin introducirlo-. A pesar de la repulsión que le causan los empujes y las muecas lascivas del anciano, Laura orgasmea enérgicamente y se despierta acalorada. Es un sueño repetitivo que martiriza su consciencia y hace que odie todavía más los lunes, sabiendo que ha de enfrentarse a la mirada del viejo en clase, con esa sonrisilla como de saber, como si él tuviera idénticas fantasías. Casi es odio lo que siente Laura por el corruptor que desata en ella una lujuria sin sentido. Le odia y sin embargo fue gracias al viejo que Víctor se fijó en ella: el viejo descubrió un día que Laura tomaba el desayuno a las once en la cafetería Crisol, que está enfrente de la academia. Comenzó a ir también y se sentaba en la barra con su solombra, justo en el taburete contiguo en el que acostumbra a sentarse Víctor - que a las once deja el chollo para tomar la tortilla en Crisol, que está al lado del taller. Como el viejo es un indiscreto y miraba insistentemente a Laura, Víctor siguió la mirada del viejo y se encontró con la de Laura, sentada en la mesa del fondo. Un segundo se cruzaron sus miradas, luego Laura la esquivó.

Capítulo 4: Víctor, experto jodedor de sexo anal

Víctor no sueña con mujeres viejas, ni jóvenes, asegura no recordar sus sueños y si alguna vez se despierta después de haber eyaculado no lo achaca a lo onírico, si no a su excesivo ímpetu fálico y no le da más vueltas al asunto.

No sueña con viejas pero es aficionado a las mujeres de una cierta edad -también-. Varias le acogieron cuando se encontraba sin lugar donde pasar la noche, y algunas le adoptaron durante una

semana, un mes, ... sobre todo Carmen, la camarera de la cafetería Crisol, la de al lado del taller de Víctor y de enfrente de la academia de Laura.

- Llévame a dormir contigo, Carmen-, le hacía ojitos Víctor, ojitos de borracho cariñoso.

Ir a dormir con Carmen suponía un placer porque todo lo tenía limpio y ordenado y porque Carmen es una mujer acogedora y complaciente siempre de estupendo buen humor, pero muy especialmente después de haberle follado el culo, dado que ahí radica el placer de Carmen. Como hay tan poquitos hombres que sepan hacerlo bien sin que le duela a una, ella valora esa virtud en Víctor y le agasaja como príncipe: chorizos fritos de desayuno, pan fresco, café del bueno, ...

- Déjame coger tu culito otra vez.

Víctor sabe ser agradecido y se toma su tiempo en lubricar y favorecer el placer de Carmen, ¡tan buena persona Carmen!, de las que la gente abusa, pero no Víctor que le introduce la gruesa verga en el ano moreno con la lujuria justa y la delicadeza exacta. Le sostiene a manos llenas las pistoleras, esas protuberancias a ambos lados de las caderas de Carmen, que ella aborrece pero que a Víctor le hacen chiste porque le dan mucho juego y aprovecha en su beneficio para realizar el coito anal: agarra una con cada mano y se menea en la abundancia con gusto. ¡Qué bien que lo hace! Pura mantequilla es Carmen, mantequilla salada.

Tuvo que girar mucho el mundo, llover y hacer sol hasta que Víctor consiguió joder con Laura de esa aviesa manera, ya que por aquel entonces Laura apenas si se tocaba al masturbarse, con apretar fuertemente las piernas, al parecer tenía bastante.

Capítulo 5: La historia de Laura

Laura no es una pieza fácil de cazar -de fornicar- a pesar de la desesperación de su cuerpo por ser poseído. Ella actúa ajena a esas necesidades. Su cerrazón va en aumento, haciéndose lógicamente cada vez más patológica. Se está convirtiendo en una mujer replegada en su insatisfacción.

A los diecisiete tuvo su primera manifestación de historia por causa de una lavadora mal puesta que le había estropeado su camiseta favorita. Lloró, gritó, blasfemó y rasgó la camiseta, se arañó la cara con las manos. Con la melena alborotada y los labios brillantes Laura semeja una loca hermosa.

Con el camisón flojo, las carnes de Laura rebotan con la ira, arden sus mejillas y su aspecto es el de hiena herida. La pobre chica es reprimida sin aparente motivo ni razón.

Podemos filosofar para intentar entender la ancestral castración de la sexualidad del género femenino, materializada en una mujer de clase media, profesora de informática, que se avergüenza de tener el pubis voluminoso con un coño que se humedece y huele, que rechaza su generoso cuerpo sano escondido tras una mente dañada por el perfeccionismo del ideal de un tipo liso y austero.

Tanto se reprime, que su sexualidad se reduce a lo onírico. Sus sueños han sido tan escandalosos que conforman el más oscuro de sus secretos. El primer orgasmo vino de la mano de un león, un león macho que la forzaba a disfrutar de su lengua poderosa de carnívoro hambriento, que la obligaba a abrir sus piernas y lamía su vulva parsimonioso con la lengua caliente. Todavía hoy Laura puede recordar el efecto de ese apéndice gigante que repasa su raja desde el ano al ombligo y la lleva a un placer en cascada.

Una y otra vez la repetición de una secuencia erótica con pequeñas variantes, casi todos los días, sin darle tregua, hasta que el sueño remite y cede paso a otro, igual o más indecente. Esta vez, el león se transformó en gorila, un gorila con mala leche –aunque tierno en el fondo- que se excita viéndola orinar y debe hacerlo allí, delante de las narices del kinkón cachondo que observa su vulva en proceso de micción, babeando con los jugos. A Laura esta humillación la lleva de nuevo al éxtasis involuntario, al vergonzoso abandono indeseado frente al simio fauno.

Más tarde semi-personificó a su amante y vino la serie de sueños del médico que le insta a enseñarle los pechos. El doctor, que curiosamente tiene cabeza de toro -y rabo, también rabo de toro- le dice sin mirarla que se saque camisa y sostén, a lo que ella obedece. Él, al principio muy profesional pero cada vez más obsceno, le toca en evidente excitación, parándose insistentemente en los pezones, jugando con ellos entre las yemas de sus dedos, advirtiéndole de que con esos pechos debe calentar a muchos hombres, a más y más hombres. Se embala el médico, que es una vaca, dice el toro, una ternera, ... En los sueños de Laura las palabras soeces -que ella jamás emplea despierta- son el pan de cada noche. El orgasmo le llega a la inocente bella durmiente, cuando el médico no puede resistirse y se mete un pezón entre los labios para succionar como si tuviera mucha sed. ... Y así toda su vida, que por temporadas hasta llora al despertar, o reza. Claro que otras veces su naturaleza voluptuosa vence y entonces no puede evitar apretar fuerte las piernas y balancear las caderas ligeramente, abrazada a la almohada, hundida la cabeza. Ni acaricia su clítoris ni mete objeto alguno dentro de su caverna inexplorada, tan sólo a veces, las menos, cae en la tentación de acariciar sus senos, harto sensibles, pensando en el doctor...

El cuerpo de Laura, sabroso de por sí, está encarcelado por un mar de complejos y su inconsciente se cobra esa pequeña cota de placer. Lo más curioso es que la primera vez que Laura soñó con una persona de carne y hueso, fue con el viejo, el viejo baboso que la mira como si estuviera siempre desnuda.

En cambio con Víctor no sueña. Y eso que, muy disimuladamente, le mira en la cafetería Crisol, mira su cuerpo de hombre bien hecho y su simpatía con unos y con otros, tan amable con Carmen la camarera, incluso con el viejo se muestra encantador. A ella siempre le sonríe. Ultimamente incluso le dice:

-Buenos días preciosa.

Capítulo 6: Entendamos al viejo verde.

El viejo había sido un pajillero toda su vida. Uno de tantos que no había conseguido follar como hubiese deseado. Uno de los miles que siempre se quedó con apetito, de los millones que llegada su postrera hora lamentan lo poquito que han conseguido propagar su simiente. No es que hubiese deseado la continuidad de su estirpe por diversas canalizaciones femeninas, es que le hubiera encantado tener más calentones para recordar.

Se quedó con las ganas de hacerlo más y de hacerlo mejor con su mujer, tan antipática, tan tacaña. Se quedó con ganas con las putas, tan apuradas. El viejo sólo tuvo cancha libre de acción en su sexualidad solitaria y aquí sí que no había escatimado. De hecho iba a las prostitutas más por tantear carne que pusiera color a sus fantasías que por el polvo en sí. Al fin él lo pasaba mejor en el bar tomando copas con unas y con otras que en el cuarto con alguna, que lo exprimía en un plis plas.

“¡Me cago en San Dios!”, blasfemaba el que todavía no era tan viejo al comprobar que con su leche derramada la puta terminaba con él y allá se iban las cinco mil pesetillas, que era el pico que cobraban las lobas. De hecho él siempre sospechó que se metían algo en el chocho que le obligaba a correrse en un decir amén. Porque, de esto se acuerda bien el viejo, cuando tenía cuarenta y cinco años y empezó a visitar el club, todavía jodía - muy de vez en cuando- con su mujer y con ella tardaba por lo menos un cuarto de hora en irse, y sin embargo con las furcias ni tres minutos en venirse: era acercar la minga al conejo experto, y escapársele la eyaculación y con ella la erección, que no cundía el dinero.

Mejor partido le sacaba a las revistas, aunque resultaba peligroso tenerlas. Para que su mujer no las descubriera las escondía en el coche, en el lugar más seguro: entre los huecos de los tubos del motor. El viejo, cuando todavía no era viejo, tiraba al monte después de la jornada laboral y se hacía sus pajitas tranquilamente en el asiento del conductor pasando páginas como cualquier hijo de vecino. La misma revista le duraba un par de meses y no costaba ni quinientas pesetas, así que echad la cuenta.

Lo mismo que le salen rentables las clases de informática -aunque no aprenda nada- porque la profesora consigue que le vuelva a hervir la sangre, con las caderas y las tetas, con sus carnes jamonas.

Ya no se le pone dura al viejo, y mucho menos eyacula, pero se excita a su anciana manera espiando a la profesora voluptuosa, esa niña que él sabe que no tiene novio ni marido, esa chica de la que tiene la seguridad de que el coño le arde en soledad, de soledad.

No será, sin embargo, el viejo el que arranque la soledad de Laura a golpe de estocazo de verga: tal apasionante labor se la depara el destino a Víctor, el mecánico afortunado, ese simpático joven tan regalado por la vida.

Capítulo 7: Razones por las que Víctor es maravilloso en la cama.

Aunque Víctor posee esa preciosidad de verga oscura, especialmente bella, especialmente ergonómica, no es esa la razón por la cual hay unanimidad entre sus amantes a la hora de clasificarle como “de primera”. La polla cuenta, pero hay otros factores: su biología vitalista, el ánimo generoso y su desenfado alegre... posiblemente también su iniciación sexual sea clave: tuvo la gran suerte de ser instruido en los licores del placer por la mejor de las maestras cuando contaba con quince años.

Maricruz, con veintiocho, era toda una señora para el rizado rapaz con las hormonas alteradas por la adolescencia. Era una mujer hecha y derecha porque además de su “avanzada edad” contaba con marido e hijos de los que se había librado el verano de 1990 porque residían en Suiza pero poseían casa y tierras en Laiño, la aldea donde Víctor veraneaba con sus abuelos. Maricruz pasaba ese verano sola en la aldea para gestionar la venta de las propiedades, e iba a la fuente a coger agua potable - la casa antigua no disponía de esta ventaja-. Víctor pasó por allí con su bici en el momento adecuado.

- ¡Eh, rizos! ¿Me ayudas a llevar estos bidones a la casa de allí arriba?- preguntó Maricruz.

- ¡Claro! - contestó Víctor con su ya por entonces irresistible sonrisa.

Maricruz es la mujer más alegre del mundo, campechana y con gran capacidad de disfrutar del presente sin tener demasiado en cuenta las consecuencias de sus actos. En plena ovulación, voluptuosa gracias a los beneficios del verano gallego después del eterno invierno suizo, le apeteció jugar con el ricitos y lo hizo. A los diez minutos de haber llegado a la casa cargado con los bidones, Víctor eyaculaba incontenible en las manos de una Maricruz muerta de risa.

- ¡No, no, no! Ésto no es así, has de saber controlarte, ¡que dure, que dure!

Las carcajadas sin maldad de Maricruz animaron a Víctor a volver al día siguiente a la misma hora, y al otro y al otro, y ese verano se convirtió en el más enriquecedor para el muchacho, que cada día dormía la siesta en brazos de la lista mujer, que le fue aleccionando del modo más dulce: entre risas y confidencias.

Más graciosa que bonita, toda llena de pecas desde la frente hasta los pies, con mata de pelo rojizo en la cabeza, en las axilas y en el pubis, de carnes neumáticas y una flexibilidad asombrosa en sus miembros, no hubo postura del kamasutra que no practicaran sin saber de la existencia del tratado ninguno de los dos.

- Me gusta tu barriga partida-, susurraba Víctor repasando la cicatriz que dividía en dos partes el vientre de Maricruz debido a una brutal cesárea, -parece que te la hubieran bordado-, decía Víctor entusiasmado, y era sincero.

Ese don innato de descubrir belleza cuando está disfrazada, de descubrirla y comunicarla con palabras, gestos y actitudes, ha hecho que muchas mujeres se le entreguen a fondo, y lo que es más complicado: que no le odien cuando vuela a otra flor.

Capítulo 8: Episodio de Laura con su prima lesbiana

En aquella ocasión que Laura cayó presa del descontrol histérico por culpa de la dichosa camiseta desteñida, su madre se asustó e, incapaz de calmarla, llamó a la prima para ver si conseguía tranquilizarla. Cuando la prima llegó, Laura estaba a oscuras, ya relajada, sollozando en su cuarto. Fue fácil consolarla, con caricias de prima melosa, cepillándole la cabellera, contándole chistes y gracias. Siempre se llevaron bien: la prima es un encanto de espabile, lista como un ajo, rápida como una ardilla. No bisexual: sólo lesbiana se considera. Aunque es muy jovencita, lo tiene claro y por aquellas épocas de las primeras manifestaciones del histerismo de Laura, andaba enamoradiscada de ella.

Cuando aquella noche se ofreció a quedarse a dormir para hacerle compañía, interiormente albergaba esperanzas lúbricas. Promiscua a tope, tenía tres o cuatro amantes femeninas y un orgullo gay poco común a su edad. Con dieciseis primaveras cumplidas había probado veintitrés coños, según contabilizaba la libretita a modo de diario que la sáfica escribía puntualmente, sin perder la cuenta.

Lejos estaba Laura de sospechar las intenciones de su prima cuando accedió a que se quedara a dormir con ella, ni siquiera cuando sacó la petaca de whisky con la disculpa de calmar los nervios de ambas. La emborrachó. La intención de la prima no era solamente conseguir un nuevo coñito para su libreta: le gustaba el cuerpo de su prima, concretamente le tenía ganas a sus tetas, tan gordas.

Laura no tenía costumbre de beber y cogió una cogerza monumental que, todo sea dicho, le sentaba de perlas al rostro. Afuera quedaba, con el whisky, el corsé auto impuesto. Toda risas ahora, despatarrada en la cama, inocente y feliz cuando la viciosa prima sin venir a cuento le sostiene las tetas con ambas manos. Como Laura da un brinco por lo inesperado del contacto, la prima sonrío y dice en una carcajada:

- ¡Qué grandes las tienes!, ¡qué envidia!, mira:

Se saca la camiseta enseñando sus puntiagudos botoncitos, y se posiciona de rodillas vestida sólo con su braguita en color azul, las caderas de muchacho. Los morbosos triángulos enfocando a Laura.

- Déjame ver las tuyas.

Como la borrachita dudaba, se lanzó a desnudarla haciéndole cosquillas, una pelea de cachorritos con superioridad de la cachorra lesbiana, pues la otra se tambaleaba borracha y torpe. Consiguió quitarle el camisón. Laura trataba de tapar sus opulentas carnes con los brazos.

- Joder, estás buenísima.

Le falló la paciencia a la prima que se lanzó apresuradamente, comiendo aquí y bebiendo allá.

Laura se dejaba, bloqueada, incapaz de poner freno a esa impetuosa violación. La prima se corrió por fin, frotando la vulva en la pierna de Laura y un minuto después ambas se hicieron las dormidas.

No volvieron a nombrar el asunto.

Capítulo 9: Carmen. Apuntes sobre su biografía.

Carmen es una profesional como la copa de un pino, camarera desde los quince que sabe su oficio al dedillo. Atiende a la clientela con la eficacia que caracteriza a la hostelería española y con la educación que caracteriza a la hostelería portuguesa. Conoce los nombres de los clientes habituales y cómo servirles el café, si largo de agua, si cortadito corto, etc. Es agradable por naturaleza pero no tuvo demasiada suerte en el amor si entendemos “suerte” como el conseguir una pareja estable para hacer nido. Se casó a los diecinueve y su matrimonio duró ocho años de convivencia irregular y polvos conyugales - al final ya aburridísimos pero al principio follaban muy bien-. Hay que pensar que de aquella no había pornografía masiva y los novios llegaban al matrimonio sin tener mucha idea, pero no contra-informados. Si se dejaban llevar por su instinto, podían hacer bien las cosas. Ese fue el caso del ex marido de Carmen y su espléndida manera de acariciar las zonas más íntimas de su mujer en aquellos primeros tiempos. Consideraba que la vagina era una zona tremendamente delicada y no se atrevía a restregar o a frotar enérgicamente, sino que pincelaba con las yemas deliciosamente, tanto, que pone los pelos de punta sólo de pensarlo. Como además no había visto un coño en su vida, se deleitaba largo y tendido a repasar los recovecos, mirando con mucha atención y sin perder ripio. Después, sin más, dejó de hacerlo así y fué una tremenda lástima. Ya sabía el camino y cogía el atajo. Carmen llegaba al clímax, sí, pero aquel hermoso sendero era ahora una autopista funcional y sosa. Fue un matrimonio tonto, el de ellos, y no me refiero solamente a que él perdió el don de acariciar divinamente, es que además no le hizo el culo, ni manifestó siquiera el menor interés.

El ex de Carmen era una especie de hippy que flipaba con el “haz el amor y no la guerra”, el Che, la marihuana y las chicas de dieciocho con pelos largos despeinados y pulseras de cuero superpuestas. Entendamos que no estaba preparado para la vida matrimonial en la que se embarcó alegremente. La convivencia fué cayendo progresivamente en picado y se dejaron por fin después de una noche en la que él salió de marcha y no apareció por casa en una semana. Pese a los desplantes, Carmen no guarda rencor y mantienen una cierta amistad, o más bien acuden el uno al otro cuando están de bajón. Cada vez son más frecuentes los bajones de su ex, puesto que él, fiel a sí mismo, sigue gustando de las de dieciocho de piercings, pero cada vez casa menos con ellas, que ya es un poco el hazmereir en las fiestas de solsticio de verano, con el mismo cansino rollo guay de siempre. Ahora el ex de Carmen es una caricatura del progre moderno que fué, pero es buen tipo, amigo de sus amigos y fiel en términos generales.

La culpa de la ausencia de sexo anal en el matrimonio la compartieron ambos. Carmen nunca declaró sus fantasías a su esposo, y a él ni se le pasó por la cabeza; ella por escrúpulos, él por falta de intuición, el trasero de Carmen seguía sin tener actividad alguna además de la evidente. Las vergüenzas son telarañas de hierro cuando se tienen veinte pero si la evolución personal es consecuente, a los cuarenta están rotas y Carmen desde luego había espabilado. Ahora ya no se anda con pamplinas cuando duerme acompañada; con educación y estilo Carmen ofrece sus preferencias y la mayoría se sienten afortunados. Claro que algunos son pura torpeza, que creen que allí es igual que acá.

Por eso le tiene tanto cariño a Víctor, que con su magnífica intuición se la metió contra natura sin siquiera ella insinuarlo. Repasando con las manos y la lengua, afinando el cuerpo de viola de su amante, Víctor presintió los placeres, evitó los chirridos, sintonizó la melodía y supo ofrecer

concierto de barítono en los jardines de Sodoma.

Capítulo 10: El Ex de Carmen y la flautista

La última relación estable que mantuvo el ex marido de Carmen fue con una mujer flautista que se ganaba la vida tocando en las calles. La gente se apasionaba escuchando su música aunque lo cierto es que aquellos que se decidían a echar moneda no lo hacían por interés melómano. Lo que de verdad les instaba a rascarse el bolsillo eran los gruesos labios brillantes de la muchacha envolviendo con mimo el émbolo de la flauta travesera y soplando acompasadamente.

El ex de Carmen fue uno de tantos que se prendaron de la visión y tuvo la paciencia de esperar a que la chica terminara su jornada laboral para invitarla a fumar unos porros en la plaza. Entre ji jis y ja jas la convenció para ir a su casa y ella accedió sin resistencia. A partir de esa noche, se instaló indefinidamente sin pedir permiso. No solicitó quedarse porque era evidente que él estaba encantado con su compañía y con sus habilidades: esa noche, entre canción y canción, le había mamado la polla como nunca jamás se lo habían hecho.

La flautista pareciera que hubiera nacido para tan placentera actividad, con su naturaleza propicia de labios abultados en contraposición con unos dientes chiquitos y la lengua rosada un poco larga de más. Una lengua que con frecuencia le asomaba de la boca apoyada en el labio inferior dándole un aspecto de bobalicona, de bobalicona con mucho morbo.

- Los labios de tu boca parecen labios de vagina, le decía el ex de Carmen acariciándole la cabeza, inflamado de romanticismo.

Sonreía la flautista y se esmeraba chupando lánguidamente, relamiéndose con la verga en la boca. Su expresión al lamer era peculiar, como si estuviera un poquito ausente, como si sus intereses anduvieran muy, muy lejos. Permanecía mucho rato ejercitando esa actividad bucal con una parsimonia que a veces daba la impresión de que se había despistado, la mirada perdida, el falo abandonado en la boca inerte. Hasta que volvía de sabe dios donde y continuaba. No se sabía si la flautista disfrutaba con sus largas mamadas pegajosas o si esa acción le servía únicamente para matar el tiempo.

Un pico de unas doscientas mamadas le hizo antes de dejarle por un batería de rock. Y diez años habían pasado desde entonces y el "ex" todavía la recordaba melancólico, todavía soñaba con verla pasar por delante del taller de Víctor donde trabaja gracias a la intervención de la buena de Carmen.

Capítulo 11: Víctor se masturba

Es normal que un hombre vigoroso como Víctor practique el onanismo de vez en cuando. No sería un hecho relevante si no fuese porque el espectáculo del mecánico cascándose es una obra de arte en cuya descripción me recrearé a gusto para solaz deleite de mis lectoras heterosexuales, mis lectores homosexuales y para los bisexuales de ambos sexos.

A Víctor, que actúa en la vida con el instinto de los hombres inteligentemente emocionales, que sabe -aunque no lo exprese con palabras- que hoy estamos vivitos y coleando y mañana fríos en el cajón de difuntos, le gusta disfrutar de su desnudez. Cuando la situación lo permite y la temperatura acompaña se desprende de camiseta y pantalón, de calzoncillos, zapatos y calcetines. Desnudo le gusta cocinar, ver la tele, navegar por la Red, dormir y, por supuesto, hacerse la paja.

Al tener lo que le cuelga al fresco se le va la mano allí, acude a esas zonas sensibles como impulso primitivo irrefrenable. Es costumbre de todos los hombres equilibrados psicológicamente, un hábito

que procede de nuestro antepasado mono y que no es exclusivo del atractivo Víctor. Ese tic calificado de vulgar por mentes puritanas cobra dimensiones mayores al estar el hombre en pelota picada. Es habitual, por ejemplo, que Víctor tenga su mano derecha en el ratón y la otra jugueteando con su miembro, ese apéndice precioso. No estoy insinuando con ello que en su cabeza albergue pensamientos sexuales: se manosea la polla inconscientemente, como los niños en la playa.

Claro que por la propia mecánica del funcionamiento del órgano sexual masculino aquello se espoja, crece e inflama y entonces sí, entonces lo blando se convierte en firme y ya la cabeza de Víctor se va llenando de imágenes lúbricas. Esas visiones que le trae su mente no son especialmente originales, para qué disfrazar lo simple, Víctor piensa en coños, culos y tetas por ese orden de prioridades. Fantasea con el coño pelirrojo de Ana, con el culo de Carmen, con los pechos abultados de Juani o en el chochito de Celtia, con las pechugas de Jimena, o con las prominentes nalgas de Laura... Sí, últimamente la imagen de los glúteos redondos de Laura tal y como los imagina -todavía no los ha visto mal que le pese-, han entrado a saco en sus fantasías y toman protagonismo.

Víctor se relaja con su verga erecta, sostiene ese noble instrumento con su diestra rodeándola con firmeza con los cinco dedos de su manos. Sujeta la carne robusta y masajea arriba abajo. Los músculos de su brazo se tensan, Víctor observa su miembro, luego inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Progresivamente agita el falo, primero lento, luego más fuerte, más rápido, las venas de su cuello sobresalen, el pecho potente se expande, el cutis color grana, la nariz sonrojada, parpadeo leve, los ojos giran cerrados, velocidad y tensión. El chico disfruta solito, dale dale dale y ... zas!: el rictus. Ese irresistible rictus de placer en el rostro.

Capítulo 12: El pecado de Laura.

Como sabemos Laura toma el café de las once en la cafetería Crisol que está situada al lado del taller de Víctor y que regenta Carmen, a la que Víctor todavía le hace el culo de vez en cuando.

Laura acude sola, se sienta en la mesa más apartada y rápidamente Carmen le sirve el descafeinado de máquina con leche desnatada, sacarina y un cruasán a la plancha con mantequilla y doble de mermelada de fresa.

En cuanto el viejo supo de la costumbre diaria de su maestra, también él visita el café y toma su solombra en la barra con el periódico delante pero mirando de reojo a Laura, deleitándose en el placer que produce en la chica el desayuno. El viejo sospecha que a Laura le molesta que la observe mientras goza, pero no puede resistirse, del gusto que le da verla.

¡Con qué delicadeza unta la niña el cruasán en mantequilla! Manos hábiles, blancas como la luna. ¡Cómo esparce la mermelada! Se le hace la boca agua a Laura concentrada en su pastel, se le hace la boca agua al viejo, concentrado en los labios brillantes de ella. Nada tiene que envidiar la jugosa boca de Laura a las famosas bocas de piñón. Sus labios se dilatan levemente, las comisuras en leve sonrisa. Laura se contiene, ella podría devorar el dulce en dos bocados de lo apetecible que le resulta, pero no lo hace. Con los ojos líquidos, con cuchillo y tenedor, Laura saborea con su boquita dulzona a pequeños bocados. Boquita de rosa que ahora sabe a fresa. Mastica muy refinada la profesora con los labios cerrados. Sólo cuando ya ha tragado los abre para introducir un nuevo bocado. Con cada mordisco pestañea levemente. Se le suben los colores a Laura, virgen todavía, pasados los treinta y con aquellos ardores. La chica sublima los placeres genitales en el paladar.

El viejo fantasea con acariciar esos labios, repasar sus dientes y jugar con la lengua, el viejo fantasea sin escrúpulos con introducir sus dedos hasta la garganta de Laura proporcionándole placer

oral de tal modo porque, pobrecillo, ya no está en condiciones de introducir ningún otro apéndice en hueco alguno.

El cuerpo de la golosita va notando los efectos de su gula y cada año que transcurre está un pelín más lleno, con la relativa suerte de que esos quilos se le administran bien, en las partes de su cuerpo más voluminosas y son esas carnes sobrantes las que llaman la atención de Víctor. Víctor no se fija en su elegancia al comer, al fin y al cabo él disfruta viendo a Carmen zampándose el desayuno, cogiendo el bollo con las manos y mojándolo en el café con la frescura de la mujer desacomplejada. A veces a Carmen hasta se manchan los dedos y luego se los mete en la boca y los chupa uno a uno sin mostrar el menor reparo.

Capítulo 13: Desvirgar a una mujer no siempre es sencillo.

Como sabemos, el viejo no tuvo suerte ni en el amor ni en el sexo. Su mujer, diligente esposa y madre amantísima, es amable con todo el mundo menos con su marido, al que odia íntimamente y desprecia explícitamente. El desprecio le viene al viejo de rebote, ya que no ha hecho nada por merecerlo más que estar en el lugar equivocado en mal momento.

La mujer del viejo -que de joven había sido bastante bonita, esbelta como maíz verde- con dieciseis años estaba loca por un vecino. El vecino era un muchachote robusto y hermoso, un chaval con buen futuro profesional gracias a ser el único hijo del carnicero con mejor reputación del pueblo. La mujer del viejo, suspiraba por el aprendiz a carnicero en secreto, sin haber confesado sus sentimientos a nadie, ni siquiera a su hermana mayor con la que tenía gran rivalidad. La jovencísima mujer del viejo tenía todas las esperanzas puestas en las fiestas patronales donde coincidiría con el chico en las verbenas, y quizá, quizá, le declarase su amor. Pero las cosas se torcieron por culpa de su hermana, que se pasó la tarde haciéndole ojitos al vecino y al final éste se decidió por sacar a bailar a la mayor y no a ella. No se soltaron durante todo el baile y por la noche, en la cena familiar, la hermana dio la noticia de su noviazgo con el heredero de la carnicería, noticia que fue aplaudida por todos. La chica que con el tiempo llegaría a ser mujer del viejo, por entonces adolescente apasionada, lloró toda la noche en silencio, pero de madrugada enjugó sus lágrimas con un pañuelo bordado de orgullo y ese mismo día se comprometió con el viejo, que era un rapaz larguirucho que la rondaba con ojos de enamorado. Comenzó a hablar con el viejo por puro despecho de amor y desde entonces se dedicó a hacerle la vida imposible. Lo conquistó con artimañas femeninas al estilo: te prometo y no te doy, me entrego un poquito, para luego negarme, etc. lo cual vuelve loco a cualquier hombre, pero mucho más a un chaval inexperto en la vida como lo era por aquel entonces el viejo. Se casaron rapidísimo. Una cosa fue llevando a otra, él porque estaba desesperado por echar un polvo, ella porque ansiaba casarse antes que su hermana.

Hay que recordar que de aquella el matrimonio era la única vía sensata de acceder a las delicias de la carne. Ninguno de ambos sabía donde se metía cuando decidieron casarse, pero ya a los tres meses era evidente que aquello había sido un fiasco. Esos meses fueron una pesadilla diaria y una tortura nocturna, noventa y un días que tardó el joven esposo en desvirgar a la novia. Rasgar el virgo a su esposa fue la tarea más traumática que vivió el viejo en su larga vida. Ella le esperaba tumbada, con su camisón puesto. Tapada por las sábanas esperaba a que él se acostara a su lado para apagar la luz y entregarse a los besos de mala gana. Al principio él entraba al lecho nervioso, pero después de semanas de embestidas contra el muro irrompible, llegaba ya acongojado. A oscuras, tanteando lo desconocido, él trataba de romper, acribillar la membrana que, como macho, debía ser capaz de traspasar y parecía labrada a hierro fundido. Él, que sabía poco más de las relaciones íntimas que lo que le había visto hacer al toro con la vaca, tenía que conseguir forzar aquello que no tenía rastro alguno de disponer de un agujero. Por supuesto, la colaboración de ella era nula,

como se espera de una mujer decente.

Lo intentó un día tras otro durante quince, veinte minutos hasta que su hombría se revelaba y vertía su leche en la concha cerrada, lo cual le hacía sentirse bastante miserable, sobre todo porque resultaba evidente que a ella ese flujo espeso y caliente goteando en sus zonas privadas le daba un asco tremendo y en cuanto él se vaciaba ella corría al baño a limpiarse en el bidé.

Imaginaos el punto de desesperación al que se vio sometido el viejo que tragándose la vergüenza consultó su incapacidad a un amigo, un tipejo que se las daba de experto. Después de pitorrearse un rato, el colega recomendó untar con aceite de oliva la punta del nabo.

El joven esposo, a solas en el baño, tensaba su miembro, lo rebozaba bien de aceite e iba a la cama con el aparato en ristre. Accedía presuroso entre las piernas de la esposa, antes de que la erección decayese puesto que su miembro se estaba volviendo perezoso y comenzaba a fallarle, revelándose con blanduras que hacían todavía más difícil consumar la viril misión. Ella, con gran resignación, abría las piernas y recibía las acometidas sin decir ni mu.

Una y otra vez, una y otra vez, hasta que por fin un buen día aquello cedió lo justo como para introducir el capullo. Al sentir tanta presión alrededor de la sensible bola su eyaculación vino sin avisar, una eyaculación anorgásmica que le dejó desconcertado, pero por fin esa noche durmió con la tranquilidad del que ha hecho los deberes.

Capítulo 14: Las añoranzas de Carmen

Carmen está en esa edad en que la juventud comienza a ajarse para dar paso a una madurez que promete ser espléndida, pero ella no tiene todas consigo y si se la observa bien, se la puede ver tristonamente, aunque su sonrisa acogedora le preceda.

El sano hábito de divertirse con los chicos, Víctor, David, Ismael, ... comienza a quedarle pequeño. Un malestar en el pecho le pide algo diferente, algo a lo que todavía no es capaz de ponerle nombre. Después de tanto tiempo disfrutando del calorcito lleno de paz que deja un hombre en el lecho una vez lo ha abandonado, después de tantas alegrías y relajos con esos mozalbetes impetuosos que invaden su cuerpo pero respetan su independencia, de tantos años disfrutando como loca en la acción, pero muy especialmente después, ya a solas, cuando el aroma a macho ausente llena la estancia y puede recrearse a gusto en soledad, después de ese estilo de sexualidad que tanto ha gozado, se encuentra hastiada. Ella, que ha sido mimada con montones de besos tiernos desprovistos de amor, se sorprende a sí misma con este reciente vacío, una añoranza nueva de calor conyugal.

Su ex - la única relación que Carmen tuvo con compromiso- nunca se ha ido lejos y ahora trabaja en el taller de Víctor gracias a la mediación de ella, encantada de tener a sus amigos cerquita, como pollitos alrededor de la gallina. Su ex viene a tomar cervecita o cocacola a su cafetería por lo menos tres veces al día, se acomoda en la barra y la mira con esos ojos líquidos y a Carmen, con la presencia constante de ese hombre, se le empiezan a remover recuerdos. De repente se encuentra añorando aquel bienestar que suponía hacer planes más allá de la alcoba. También recuerda con mucho cariño su pene.

-¿Seguirá siendo tan eréctil?- le entra la risa floja- ¡su muñeco tentetieso!

El muñeco es de dimensiones recortadas, hermoso y bien proporcionado. Ella no ha encontrado

todavía un palote más apetecible para chupar, un pene ergonómico que se puede introducir en la boca con toda comodidad sin que se descoyunte la mandíbula, sin que se atragante en la garganta, sin que la cara se desfigure. Una puede relajarse y olvidarse del pasar de las horas con un pene así, piensa Carmen y se le escapa un suspiro mientras mira de reojo a su ex, un poco encorvado en la barra, con su vaso en la mano y su mirada ansiosa.

Efectivamente, el “tentetieso” del ex es una delicia, rico como un pastel. Es un falo que ni abrumba ni exige, un miembro que se deja acariciar dócilmente como gatito mimoso. Es un pene intrínsecamente agradecido, que se empina con alegría, tiernito en la caricia, un mecanismo de disfrute relajado. Es una verga que no necesita el movimiento constante para permanecer hinchado, un miembro sosegado y conformista que no tiene esa apremiante necesidad eyaculadora de otros, y precisamente por ello, da gusto complacer.

No es un mal tipo, piensa la camarera, infantil sí, pero ya la vida le ha ido enseñando, ya no vive en la calle ni le entusiasma tanto la farra. Carmen, a la cual la intuición no le falla, sospecha que también su exmarido está añorante y nota que la mira de esa manera con que los hombres buscan a la mujer cuando le tienen ganas. Por supuesto, no le falta razón.

Como no le falta razón a Laura al sospechar que Víctor la busca más allá de las miradas del café.

Capítulo 15: La mujer del viejo.

Lo que menos se puede imaginar el viejo es que su mujer le ha sido infiel. No se lo puede imaginar porque la considera inepta sexualmente, como si en su útero hubiese algo estropeado.

Y sin embargo ella ha cometido infidelidad reiteradamente y no pudo ser con otro más que con su cuñado, el carnicero. El viejo intuitivamente no soporta al cuñado seboso –ha engordado muchísimo de unos años para acá- pero no se puede imaginar las causas de su antipatía.

Cuando su mujer ya estaba entrada en los cuarenta, su hermana falleció repentinamente y la mujer del viejo se empeñó en que el carnicero y su hija se fueran a vivir a la casa de al lado y así se hizo. El carnicero aceptó, encantado ante la idea de tener una mujer que le ayudara con la hija, ya adolescente, y con las tareas del hogar.

El carnicero se trasladó y la mujer del viejo parecía contenta a pesar del trabajo extra que le venía encima. El viejo pensaba que esa alegría era debida a que ahora comían carne gratis y ello suponía un importante ahorro familiar, pero no: la alegría de la mujer del viejo venía por otros intrínquilis. Cualquier disculpa era buena para ir a casa del cuñado en las horas en que la niña no estaba, hasta que de tanto ir y venir pasó lo que tenía que pasar.

Si el viejo hubiese visto a su esposa jodiendo con el carnicero hubiera montado en cólera y con toda razón; no es que le pudiera ofender que le pusieran los cuernos, es que su mujer nunca había actuado así con él. Su mujer jamás le había ofrecido los pechos a manos llenas, nunca le había abierto la vulva desvergonzada, y jamás le había realizado una mamada como le hacía al otro sin siquiera habérselo éste pedido.

La autostima del viejo, incapaz todos esos años de satisfacer a su esposa, hubiese caído en picado y se hubiese transformado en ira. Él, al que tanto le hubiese gustado hacer esas cosas que hacían los infieles, él que jamás había sospechado en el cuerpo de ella semejantes lubricidades, hubiera echado sapos y serpientes por la boca de saber lo que los amantes hacían, ¡ay lo que ellos hacían! Pero el viejo jamás sospechó porque la consideraba frígida. Nunca la había visto desnuda, jamás ella se dejó observar de cuerpo entero, no se besaban con lengua, ni mucho menos practicaban sexo oral. Las veces que fornicaban, era insípido, casi triste, polvos fecundadores sin gracia ni salsa. La mujer del viejo fue una veinteañera amargada, una treintañera frígida, una cuarentona seca y una

cincuentona rebotada, pero sólo con él.

Por eso él está feliz en la cafetería donde la camarera Carmen es tan amable, divirtiéndose como puede, observando a la pobre Laura.

Capítulo 16: Gasolina

Como si se acerca un fósforo a gasolina líquida, así prende el cuerpo de Laura desde que se encuentra cada mañana con el mecánico en el café, desde que se miran, a veces de reojo.

Su gesto, el gesto de Víctor, su cara, la cara de Víctor, su gracia, ese modo de ver, de mirar, de observar, de chispear, su sonrisa, la risa de carcajadas, la forma de la camiseta, los bolsillos traseros de su pantalón, cómo se sienta en la barra, las manos de uñas irregulares, la pulsera negra de su muñeca, los deportivos desgastados, cómo camina, la voz, la nuez que se mueve cuando habla... Ha de reconocerlo: se está obsesionando. Está obsesionada.

Le desea tanto como le teme y por ello es tan esquiva, casi huraña con él. Es ese enfermizo pudor que no la abandona, que tanto la hace sufrir.

Él se lo pone fácil, es un hombre de trato cálido considerando lo guapo que es. Los hombres tan atractivos imponen, molestan un poco porque una mujer suele preferir ser ella la bella de la pareja. Pero Laura no se plantea que algún día Víctor pueda ser su pareja, no se permite pensar semejante cosa y sin embargo lo será. Mientras tanto, ella se muestra evasiva y Víctor, que tuvo claro que iría a por ella estas últimas semanas, ya se empieza a cansar. Le comunica su desconfianza a Carmen, la camarera:

- Es fría, dice mientras Laura se aleja cruzando la puerta acristalada de la cafetería, las caderas sueltas.

- Te equivocas Víctor, es apasionada, contesta Carmen, y sigue a lo suyo.

La sexualidad de Laura palpita con tal vehemencia, que existen grandes posibilidades de que regresen sus accesos histéricos. Casi le da un ataque al enterarse de que su jefa se toma vacaciones y la va a dejar sola en la academia todas las Navidades. No soporta la idea de permanecer allí mañana y tarde, frente al taller del mecánico porque es incapaz de hacer otra cosa más que espiarle. A cada rato vigila las entradas y salidas del mecánico, tras las persianas de su aula, controlando quién va y quien viene, cuándo entra y cuándo sale, lo cual es constante porque él se pasea continuamente con alguna de las motos que repara. Se pone el casco y se larga montado en una BMW. Vuelve y sale en la Yamaha roja.

Hay algunas horas muertas en que la academia está vacía. A veces, pocas, Laura se masturba a puerta cerrada. Necesita desconectar, encontrar paz interior, pero apenas le consuela. Desde luego es otra cosa además de sus dedos lo que su organismo pide a gritos. Se frota, se frota por encima de la ropa sentada en la silla. Se acaricia lánguidamente. Cierra los ojos, el abanico de pestañas negras en sus párpados brillantes, qué linda, nadie la ve y está tan hermosa cuando se olvida de sí. Se acaricia y toma color su rostro, frente pálida y mejillas rosadas, fresa y nata en su tez. Laura navega mentalmente por el edén de sus fantasías, imágenes que provocan la dilatación de las aletas de su nariz. Cierra, aprieta las piernas aprisionando su mano entre ellas. La barbilla se distiende, los labios de su boca se separan, la respiración acelerada y un leve gemido que es casi un gruñido sordo. Laura aprieta sus nalgas, contrae el ano y el éxtasis sube por su médula. Uno, dos, tres, cuatro. Cinco segundos de abandono y ya. Ya Laura retorna poco a poco a su melancólico mundo, a la ventana, a espiar por la ventana.

Capítulo 17: El carnicero.

El carnicero, cuando joven, era un mozo sanote de frente despejada y ceja elegante. Sin embargo la vida opulenta que ha llevado ha hecho de aquel gentelmán un jubilado obeso que ya no conserva prácticamente ningún atractivo salvo para su amante: la mujer del viejo mantiene su enamoramiento en una infidelidad fiel sin precedentes. Cuando la mujer del viejo consiguió convertir al carnicero en su amante - ambos rondaban los cincuenta- él era todavía todo un tipo con tripita incipiente. Era un viudo al que había que sacar el sombrero en porte y presencia, un armario empotrado de pecho bizarro, brazos robustos y manos inmensas perfectamente cuidadas.

-Un artista de cine, le gustaba pensar a la mujer del viejo cuando le planchaba las camisas.

Lo cierto es que se había ido convirtiendo en un sibarita del buen manjar y reservaba para sí el mejor solomillo de buey, la pierna de cordero más sabrosa, el cochinillo salmantino más tierno, las chuletas de ternera más gallegas, el capón de Vilalba más sabroso... carne de primera a la hora de la comida y también a la hora de la cena, sin hacerle ascos a un humilde churrasco de cerdo, a unos higadillos encebollados o unos choricillos al infierno. Ni que decir tiene que tenía la tensión un poco elevada y el colesterol por las nubes, pero él vivía ajeno a ello y ni visitaba al médico ni se privaba de su bocadillo de jamón serrano a media mañana.

Con esta minuciosa descripción de los hábitos gastronómicos del carnicero pretendo profundizar en la personalidad de este hombre que se deja llevar por los placeres de la carne y no va a actuar de modo diferente cuando su cuñada entra como perico por su casa con el mandil azul toda ella sonrisas, toda ella amabilidad y alegría. Él, al fin, es viudo joven con sus ardores todavía. Aunque le tiene mucho respeto a su difunta y es un hombre de fé, cayó en la tentación como cualquier hijo de vecino y consuela su conciencia pensando que así establecidas las cosas, con la cuñada haciéndole apaños por lo menos tres veces a la semana, él no se ve en la necesidad de buscar otra mujer y es mejor para su hija, al fin y al cabo, es su tia, y todo queda en familia.

Y es que había que verse en el pellejo del carnicero, tranquilamente leyendo el periódico en el sofá de su salón y la cuñada que entra llena de energía, ordenando aquí y allá, con el plumero y las escobas correteando con pasitos cortos hasta que, de repente, se arrodilla, sí, sí, dobla las rodillas y se pone a cuatro patas para sacar brillo al parqué o para limpiar una minúscula mancha de la alfombra. Se arrodilla con sus tacones de cuatro centímetros -ésto es demasiado para el carnicero-. En esa postura la falda inevitablemente se le levanta por detrás y deja ver el borde de la combinación y también un buen pedazo de carne del pernal, un par de zancos bien macizos. Con el movimiento de fregado su cuñada balancea las caderas de un lado a otro, o en círculos, o alante atrás. El carnicero no puede describir con exactitud la coreografía de aquellos meneitos pero ese mariposeo de nalgas bajo la tela le nubla la vista, le hipnotiza el entendimiento y le hincha el salchichón. Es que la señora enseña, como quien no quiere la cosa, hasta la mismísima rabadilla.

Capítulo 18: Los dos remeros.

Hay un tipo de macho galaico, bastante desconocido fuera de nuestras fronteras, que resulta absolutamente espectacular a la vista y no menos al tacto; me refiero los piragüistas, o a los traineros. Son deportistas que, trabajando su cuerpo a golpe de remo, convierten sus figuras en esculturas de pecho, espalda y brazos graníticos, sin llegar a la grosería de los culturistas. No sólo están musculados de cintura para arriba, también sus piernas ostentan muslos garridos. Son tipos por lo general serios y voluntariosos porque es un ejercicio que requiere concentración y perseverancia.

Carmen tiene la gran suerte de tener a dos monumentos de éstos todos los días a la hora del desayuno en su cafetería. La pareja de forzudos, ambos rapados y vestidos con ropas de algodón, toman cada mañana zumo de naranja natural, leche con colacao, pan untado con aceite de oliva y miel en mesa, cada uno con su periódico. Uno se llama Samuel y el otro Ismael. Aunque a grosso modo se parecen, Samuel es más moreno, más alto, más cachas y de belleza menos fina. Ismael, por contra, es un encanto de facciones proporcionadas y personalidad afable. Se lleva de maravillas con la camarera.

Samuel, al que de chaval llamaban Kinki (no porque fuera un golfo, si no como diminutivo de king-kon) es, a todas luces, menos inteligente que Ismael pero muchísimo más fuerte, sólo con sus remazos hace como cinco forzudos, siendo un espectáculo verle remar, concentrando toda su energía en el horizonte marítimo, con su traje de neopreno, los músculos voluptuosamente tensos. Samuel, alias Kinki, era una bestia a los dieciseis años, de esos que se masturban nueve veces al día sin que sus erecciones pierdan importancia, un chaval sin aspiraciones que vivía de botellón en botellón buscando dónde meter. Hasta que Ismael se cruzó en su camino y con él la vida de remero. Ahí se centró. Ahora su ímpetu vital está muy bien encaminado. Desde que conoció al que es su compañero de competición ya no tiene interés por andar perreando por ahí. Sus energías están canalizadas en la vida deportista y conyugal que Ismael ha organizado para ambos.

Ismael, dos años mayor, le mimaba en exceso, le cumple todos los caprichos y “kinki” es un tipo agradecido, fiel como un niño. Carmen se da perfecta cuenta de que Ismael es gay-gay, pero que “kinki” es bi, eso una mujer lo sabe, no hay más que ver cómo la mira a ella, o a Laura o a cualquier otra chica que entra en la cafetería, las mira de reojo con culpa, con la culpa de un bisexual enamorado de un homosexual.

Además de clientes son sus vecinos del piso de arriba y algunas noches le dan la serenata porque cuando hacen el amor deben ser muy apasionados a razón del follón que montan. Carmen disfruta horrores con los gemidos de pasión de esos dos cachimanes. Que qué harán, madre mía, que a veces parece dolor lo que sienten, con esos aullidos, con esos suspiros gritados, cómo se lo montarán esos dos, a veces pareciera que arrastran muebles, y cuando siguen un ritmo constante de zambombazos hacen retumbar el techo, las paredes y, exagerando un poco, los mismísimos cimientos de la casa. Cuando Carmen comienza a escuchar la cantinela de placer de los remeros, deja al instante lo que está haciendo, se sirve un chupito de licor de melocotón y se sienta a escuchar. A veces se acaricia imaginando a los dos hombretones en sus juegos de amor. El capítulo sonoro de los hercúleos homosexuales dura diez, quince, con suerte veinte minutos. Carmen supone que antes de los gemidos han tenido su dosis de caricias y de palabras de amor, pero desgraciadamente a esa introducción no tiene la suerte de asistir ni siquiera en modo audio, pero es fácil de imaginar conociendo lo tierno que es Ismael, lo cariñoso que es Samuel. A Carmen no le da tiempo de sincronizarse con el placer de ellos, pues le llevan ventaja y disfrutan del climax cuando ella todavía comienza con los prolegómenos - Carmen jamás comete la torpeza de masturbarse a todo correr-. Cuando ya sólo puede escuchar el grifo de la ducha en el piso de arriba (invariablemente los chicos se duchan después del escándalo) es cuando ella va alcanzando su propio placer, mucho más silencioso, mucho menos aparatoso, pero no por ello menos gratificante.

Capítulo 19: El vello de los protagonistas de Crisol Público.

Llegados a este punto de Crisol Público, os he presentado a los personajes principales de este novelón pornográfico y me dispongo a entrar de lleno en el meollo del argumento. Hoy hago un repaso para situar a los personajes y lo hago mediante la visualización de sus pubis. Bajaré las

bragas a las chicas, liberaré de los calzoncillos a los señores y os mostraré esa zona que rodea sus genitales, los aledaños del sexo, que en la mujer lleva el hermoso nombre “monte de Venus”. Es un lugar ignoto, misterioso, del que poco sabemos del de nuestros parientes, que desconocemos de nuestros amigos y por supuesto de los vecinos o compañeros de trabajo. Es un sospechoso escondrijo que sigue considerándose transgresor mostrar libremente. Es una parte de nuestro cuerpo que pasa la mayor parte del tiempo escondida, un recoveco que protegemos del mundo exterior dada su vital importancia, una zona altamente censurada en nuestro subconsciente colectivo que destapamos, casi exclusivamente, ante el amante como acto de entrega.

Desnudo pues, para todos ustedes, en absoluta primicia y con sumo placer, los genitales de mis protagonistas y lo hago porque me gusta hacerlo.

Laura, la hermosa y carnal Laura, sólo depila su toisson en verano para ir a la playa. Lo hace en el salón de belleza y se limita a eliminar los pelos que se verían al vestir bañador. El resto del año recorta los pelitos cuando ya están largos de más. Para hacerlo se sienta a horcajadas en el bidé y con unas tijeritas de metal, corta los rizos que va echando en una bolsa de plástico de la que después se desprende tirándola a la basura.

Carmen se hizo la definitiva hace años y luce un perfecto tiquet de metro coquetón que se ve monísimo si sus bragas son translúcidas, ella lo sabe y siempre lleva braguitas de encaje calado, es muy presumida con su lencería. Su ex marido se rasura con la misma maquinilla con que afeita la barba de su cara y hace muy bien, porque con lo chiquitín que es su pene si se dejara melenas ni se le vería el gusanito.

Victor se afeita completo todos los viernes por la noche, en la ducha, que por cierto deja perdida. Pero no es constante, a veces se olvida y se pasan hasta tres o cuatro semanas. El tipo tiene la gran suerte de que se ponga como se ponga su polla luce divina, ese cilindro negro de generoso capullo y tronco perfecto es precioso rapado y es lindísimo con los ricitos claros que le salen alrededor como un bosquecillo de margaritas acompañando al roble.

El viejo, si no se afeitase, tendría pelos canos en su pubis, lisos y suaves, pero tiene la delicadeza de recortar su pelamen cuando se sienta en el reservado, allí dispone de mucho tiempo debido a su estreñimiento crónico. Su mujer ahora ya ni se toca allí, pero de joven había que dejarla bailar sola en lo que a belleza pública se refiere a pesar de -o gracias a - su clitoromegalia. Era un coño de esos antiguos, un cofre de rizos ensortijados que daba mucha alegría desenredar para encontrar por fin el bello rubí hiperdesarrollado con el que tan rácanamente obsequió a su esposo y tan manirrota dispendió con el carnicero. El carnicero, que tanto disfrutó del estuche con perla gigantesca de su cuñada, luce a su vez melena leonina. El carnicero no se los ha cortado en la vida, es posible que considere que eso es cosa de maricones, y menuda mata tiene el fulano, de esas de rizos negros tupidos, que vista su verga erguida saliendo de aquel barullo semeja talmente el mango de un brush.

La prima lesbiana, aquella que “violó” a la tierna Laura siendo adolescentes, se rapa al cero porque, además de que tiene el chochito monísimo, todo rosa, se ha puesto un tatuaje en letras chinas justo al comienzo de la rajita y le encanta lucirlo con unas y con otras.

La flautista, esa diosa de las felaciones, metamorfosea su monte de Venus según el amante que la acompañe en una ductilidad constante. Cuando estaba con el ex de Carmen y llevaban rollo hippie, ni se depilaba ni cortaba ni retocaba, libres crecían sus rizos castaños que se prolongaban hasta bien avanzadas las ingles, pero con el batería por el que dejó al ex se hizo allí abajo de todo. Él era un tipo muy creativo y le gustaba encargarse personalmente de la estética de la concha de su chica. Le encantaba admirarla mientras ella efectuaba la consabida felación y se recreaba imaginando peinados: le hizo trencitas, tirabuzones, chichos, se lo puso en plan estética punki, le dejó un

penacho muy gracioso que luego tiñó de rojo, después de verde, pero ya no le dio para probar más colores porque ella lo dejó por otro.

Ismael y Samuel no tienen ni un pelo ¡ni uno! En todo el cuerpo, ni por delante ni por detrás, ni en la cabeza, ni en los hombros ni en la monumental espalda, barbilampiños sus duros culos, imberbes sus musculados pechos, lisas las tabletas de chocolate de sus abdominales que bajan sin obstáculo piloso pubis abajo hasta la curva de sus priapos, calvos por excelencia.

Capítulo 20: Multiencuentro

Si cualquiera de nosotros entrásemos en la cafetería Crisol cualquier día por la mañana, no notaríamos nada extraño y sin embargo son muchas las pasiones que allí se cocinan. En la barra, el viejo se deleita apurando sus últimas gotas de licor sexual con la observación lúbrica de la profesora Laura, una Laura que, sentada en la mesa del fondo, se consume en hoguera de altas llamaradas. Arden flechas en su vientre en una fiebre sin remedio, ay, sin remedio, por un Víctor guapo que danza su mirada entre las nalgas de la profesora y el trasero de la camarera, con la seguridad de que, si quiere, se beneficia a las primeras o al segundo. Samuel, alias Kinki, con su novio Ismael en la mesa de la ventana, mira de reojo a las chicas que pasan a pesar de que se supone que es gay, e Ismael lo vigila y sufre en silencio. El ex de Carmen, al lado del viejo en la barra, con sus nostalgias crónicas, se plantea muy seriamente seducir a la que fue su esposa y ella, Carmen, que no puede evitar quererles a todos y desear a la mayoría.

Si entrásemos allí a tomar un cafecito, es posible que no nos percatásemos de la situación interpersonal, a pesar de que es altamente inflamable. Una cerilla podría armar la de Cristo es Dios y esa cerilla viene en forma de dos tortilleras.

La mismísima prima de Laura, lesbiana bonita, se planta en la cafetería con su novia de la mano. Es la primera vez que Laura recibe visita y causa una revolución en el café. La prima es ahora una mujer muy moderna de brazos torneados y piercing en el labio inferior, que vive en Madrid y está encantada en la capital, que le ofrece tantas posibilidades. Se ha hecho escultora, una de las artistas promesa de la farándula bohemia. Se siente segura de sí y visita a Laura para restregarle su éxito. En el fondo todavía le guarda rencor a su prima porque no se abandonó entre sus brazos y le fastidia especialmente que sea tan mojigata. Para ostentar de su condición liberal, la boyera achucha a su amigueta, una mujer no en tan buena forma física como ella pero muy sexi, una chica delgada de carnes lechosas, carnes de pura mantequilla líquida. Son muy diferentes la prima y su novia, la una con su cuerpo machacado en el gimnasio, sus tetas duras y pequeñas que casi se escapan por los laterales de la escueta camiseta de boxeador. La otra, la blandita, tiene el aspecto de no haber hecho una flexión en su vida, lo sugieren sus hombros caídos, su andar parsimonioso, su gracia y juventud descuidadamente vestidas. La una resulta atractiva por su aspecto de espabilado golfillo hembra, la otra, mujer de suave epidermis blandiblú, rebosa de la sensualidad morbosa característica de las mujeres abandonadas a la pereza. Su cara es hermosa pero su gesto resulta extraño, casi parece lela por culpa de su lengua, una lengua que sobresale un poquito de su boca apoyándose indolente en el labio inferior, es una boca muy llamativa, con voluminosos labios pintados de rojo brillante.

Para provocar escándalo y llamar la atención, una vez sentadas las tres en la habitual mesa de Laura, la prima no escatima elocuencia en exponer su sexualidad activa mientras charla con toda naturalidad. Pone ojos de deseo a su chica, le sonríe indecentemente y la magrea sin venir a cuento, se restriega a gusto consiguiendo que Laura se sienta incomodísima.

A Carmen sin embargo, le divierte el show al igual que a Víctor, y se lanzan entre ellos miraditas

cómplices que ponen muy en temperatura a la camarera. El viejo goza infinito del espectáculo, tanto es así, que se pide su segundo sol-sombra para celebrar el encuentro de las primas. El “ex” se mantiene perplejo mirando en dirección a la mesa de las tres chicas con expresión incrédula en el rostro, la boca abierta en admiración o pasmo. La lesbiana escultora está embalsada y la amiga se deja hacer sumisa, es evidente cual de ellas lleva los pantalones en casa, es evidente cual de ellas calza el arnés. Cuanto más violenta se encuentra Laura, más atrevida va la prima y llega incluso a rozar los pezones a su novia que sobresalen venciendo la contención del sujetador, y todo lo hace sin dejar de parlotear, contando sus éxitos y triunfos cosmopolitas, haciéndole ver a Laura que no es más que una provinciana anticuada. Su novia, con los ojos y los labios brillantes, ni se inmuta aparentemente, ni siquiera cuando la prima le mete el churro en la boca desde la suya propia y a la pobre Laura se le atraganta definitivamente el cruasán. Está deseando irse de allí ¡Con lo que le gusta a ella pasar desapercibida! ¡Con lo que le molesta llamar la atención! Odia a su prima, a la novia y a Víctor por estar presente en ese mal rato que está pasando, se odia a sí misma por aguantar con sonrisa forzada la soberbia de su prima.

Pero el verdadero drama de esta historia no es el de Laura, al fin y al cabo ya va siendo hora de que espabile y un revulsivo le viene de perlas, el dramón se mastica en la mesa de los macizos remeros Ismael y Samuel, porque el forzado Samuel, alias Kinki, está impactado con lo que mira, con mucho pestañeo y giro de ojos observa a las sáficas y no puede evitar demorar su mirada en las formas, en los movimientos de las chicas, el espectáculo le proporciona tremenda erección que nadie nota, a excepción de Ismael, que la intuye y se deprime.

Cuando por fin las ninfas se levantan para irse, se produce una situación insospechada, una situación sorprendente que nadie espera. Ya en la barra, la novia de la prima abre por fin el pico y lo hace para dirigirse al viejo:

- ¡Tío! ...,

- ¡Coño! ¡Pero si es mi sobrina!, exclama el viejo.

Efectivamente, la novia de la prima es la sobrina del viejo, hija del carnicero. Pero lo que ya es la repera es que en ese mismo instante también el ex de Carmen reacciona y exclama:

- ¡Flautista!

En efecto, la novia de la prima, sobrina del viejo, hija del carnicero, no es otra más que la flautista, aquella que dejó al ex de Carmen conmocionado debido a lo bien que la mamaba.

¡Qué pequeño es el mundo!

Capítulo 21: Análisis según la escala Kinsey

Analizaré a los personajes de esta historia según la escala homosexualidad- heterosexualidad Kinsey. Recordatorio: la gradación va del 0 al 6, 0 indica heterosexual puro, 6 homosexual exclusivo. Vamos allá:

Laura en estos momentos podemos decir que está al nivel cero, sólo vergas y falos, pollas y carajos pueblan sus fantasías, la mayor parte de ellas en forma de sueños. Daos cuenta de que está loquita por Víctor y que es su naturaleza más primitiva la que demanda monta, instintivamente con fines reproductivos. En este estadio de su vida, Laura es una gata en celo. Sólo un buen garrote saciará su sed.

Víctor, por su parte, es heterosexual flexible en segundo grado. Son las nalgas femeninas su fetiche supremo, o mejor, ese triángulo mágico que se puede ver en el centro de ellas cuando la postura es

de perrita y asoma por detrás el conejito, esa imagen es la que más veces ha llevado a Víctor a derramar su sabia. Pero no hemos de obviar que a veces, cuando se cruza con el hermoso Ismael, la belleza andrógina del marica le inquieta en cierto modo y estimula su deseo, con que le ponemos un uno en la escala.

El ex marido de Carmen mantuvo una relación homosexual en tiempos de los guateques progres. Un melenudo muy colocado se la mamó. El ex recuerda esa experiencia y todavía se empina, pero no ha puesto energía en volver a conseguir una felación procedente de labios masculinos, por lo cual le ponemos un dos, o sea, es un heterosexual flexible en primer grado.

El remero guapo Ismael es un cinco, casi seis, él valora estéticamente el cuerpo de la mujer, pero si alguna le levanta la libido es porque su aspecto es masculino. Sin ir más lejos, la machica prima de Laura podría excitarle si en vez de vigilar obsesivamente a Kinki se fijara en el trasero estrecho y duro de la sáfica. Ella es gay- gay y le gustan las chicas muy femeninas, particularmente con grandes senos y pezones de galleta maría, le atraen las caderas redondas y las vulvas de labios generosos. Su novia, la flautista, en cambio está en el tres, es una mujer muy versátil que se entrega a los goces de la carne con toda frescura y disfruta practicando sexo oral tanto si es cóncavo como si es convexo.

El viejo está en el uno, él ha pasado mucha hambre de coño y desea mujeres, no digo que allá en su adolescencia no haya tenido sus fantasías con otros muchachos, pero quedaron ahí, y ahora es el cuerpo de la hembra su foco de interés.

Para desgracia de Ismael, Kinki está al nivel cuatro, homosexual flexible de segundo grado. Debido a lo bien servido que está de macho, su interés por el sexo opuesto va in crescendo. Ultimamente, cuando inserta el manubrio entre las nalgas de su novio, cierra los ojos e imagina un cuerpo al que le cuelguen protuberancias brincadoras en el torso, mejor que en la entrepierna.

Carmen prefiere percebes a almejas, lo cual no quita que sepa gozar de un cuerpo con concha. Ella ha tenido la suerte de participar en varias combinaciones “dos contra uno” y sin dudarle se queda con los tríos en los que hay doble ración de morcilla, con que le concedemos un dos.

La mujer del viejo es un cero, ella se ha dedicado invariablemente a desear a su cuñado en exclusividad. Toda una santa vida con un persistente deseo monocromo, un extraño caso de fidelidad de pensamiento, palabra, obra, incluso omisión. En eso coincide con su amante, él también se excita consigo mismo, concretamente con su polla. No ha habido una sólo vez en la larga carrera de orgasmos del carnicero que cuando se corre no haya mirado hacia abajo, disfrutando de la visión de su miembro erecto, fetichista narcisista de su propio rabo, al que le chifla recrearse en su propia eyaculación convirtiéndose ésta en origen y fin de muchas de sus erecciones.